

***Nothing matters, Mary,
when you're free.***

Seán

La pistola se balancea siguiendo el ritmo de sus movimientos; supone un ligero peso físico adicional y una insufrible carga moral. Nunca se ha visto en la necesidad de desenfundarla y teme el momento en que deba hacer uso de ella. El enfrentamiento cuerpo a cuerpo, por el contrario, es algo en lo que se desenvuelve con soltura. Su padre se había asegurado de ello. *Mi chico pelea como un jodido irlandés*, era lo que solía decir. Pero Seán se ha convertido en algo más que un jodido irlandés: es un hijo de la patria, es un soldado de Éirinn.

Sobre el bullicio de la contienda parece distinguirse el ruido de las sirenas, aún lejanas. Uno de los unionistas ya ha dado la voz de alarma para poner sobre aviso a su bando. Acto seguido Fionnlagh ha descargado una patada que lo ha hincado de rodillas, dejándolo indefenso; recibe multitud de impactos en la cabeza y en el pecho, a pesar de que intenta protegerse doblándose sobre sí mismo en el suelo. Seán se queda paralizado ante la sádica expresión que exhibe su compañero mientras propina la paliza. A su alrededor todos se recrean en una falsa ilusión de poder cada vez que asestan un golpe certero, incluso él. *¿Y quién nos someterá a nosotros cuando nos creamos libres? ¿Quién condenará la violencia, si ha sido ella el medio para lograr nuestro fin?*

La crueldad inculcada por la guerrilla arde como la pólvora. Seán la imagina como inmensas llamaradas devorando sus jóvenes corazones, que no conocían más que la chispa que prende la mecha: el deseo irrefrenable de participar en el devenir del mundo. A él también lo han contagiado con esa ferocidad, con esa brutalidad enfermiza que lo empuja a enfrentarse a sus iguales para defender el nombre de su patria. *Tír gan Anam. Este no es el camino correcto*, piensa mientras sus puños encuentran el contacto de la carne enemiga.

Ha perdido la cuenta de los golpes que ha recibido esa noche y prefiere olvidar los que ha asestado. La boca le sabe a sangre, tiene las manos entumecidas y un zumbido le taladra el oído derecho, pero mientras se entrega a la carrera a través de las calles de Belfast lo único que importa es la sensación de libertad. Es una droga sin cura, porque para que exista un remedio antes debe existir la voluntad.

El aire de la noche se les cuela entre la ropa, hasta los huesos, y los atraviesa de lado a lado. El aliento de Éirinn, que permanece invicta tras una batalla más, les provoca escalofríos de placer.